



Noche de Estrellas

Carlos Montuenga

cmrbarreira@hotmail.com

“ Para el propósito de construir la imagen del mundo externo hemos utilizado el procedimiento de desconectar nuestra personalidad, que por lo tanto ha desaparecido, se ha hecho innecesaria”

Erwin Schrödinger

En estas noches serenas de verano, lejos del bullicio y las luces de las ciudades, es fácil ceder al impulso de levantar la vista hacia el firmamento y dejarse hechizar por la belleza de la bóveda celeste poblada de estrellas. Cierto que, casi al tiempo de sumergirnos en esa actitud embelesada que acompaña a la contemplación, nuestra mente, al menos la mía, empieza sin remedio a preguntarse por la realidad de lo que se muestra en ese fantástico escenario.

La infinitud de puntos parpadeantes que se ofrecen a nuestra vista no son desde luego diamantes de luz incrustados en una inmensa esfera que gire lentamente sobre nuestras cabezas. Sabemos con certeza que son , en algún caso, planetas iluminados por el sol, en otros, soles tan alejados de nosotros que los percibimos apenas como un tenue destello. Otras veces, se trata de acúmulos inmensos de soles, nuestra propia galaxia señalando en el horizonte estival la dirección del finis terrae. Y más allá todavía, a través de abismos inimaginables ante los que la mismísima luz ha de sentirse desfallecer , otras galaxias, otros universos acaso. Y así, mientras vamos sacando del armario nuestros conocimientos de astronomía, prosigue el esfuerzo por formarnos una imagen que nos permita entender esa visión nocturna ante la que permanecemos absortos. Big ban, continuo espacio-temporal, agujeros negros... hipótesis fascinantes que se ajustan con precisión a muchos de los fenómenos observados y han revolucionado nuestras ideas sobre el cosmos. Pero claro lo de plasmar estos conocimientos en esa representación global que buscamos, eso es ya otro cantar. Yo desde luego, reconozco mi incapacidad para aproximarme siquiera a ello, bien es cierto que la astrofísica no es lo mío.

Todo esto me trae a la memoria que cuando era niño y el calor apretaba en Madrid, convertíamos a veces la terraza de nuestra casa del barrio de Argüelles en un campamento improvisado para pasar las noches “al fresco”. El cielo veraniego era entonces el escenario natural que noche tras noche servía de fondo a nuestro parloteo infantil y nos acompañaba mientras caíamos en el sueño. En aquellas ocasiones no me resultaba posible observar las estrellas sin que me invadiera una profunda sensación de felicidad. Sin duda alguna, con ocho o nueve años no me importaba lo más mínimo si era o no posible construir un modelo que explicara aquella

inmensidad por la que me sentía arropado. Probablemente no percibía aún con claridad los límites que me diferenciaban del mundo exterior, de manera que, por decirlo de alguna manera, era como si el observador y lo observado marcharan juntos en alegre camaradería.

Imagino que ese tipo de experiencias no es infrecuente durante la niñez y lo cierto es que tiende a desaparecer (salvo quizá en los poetas) a medida que dejamos atrás el paraíso de la infancia. Pero habría que preguntarse si al alcanzar la edad adulta no nos vemos atrapados en la creencia ciega de que no es posible un conocimiento riguroso acerca de la naturaleza, a menos que ésta se entienda como algo desligado de nosotros. Creencia que, por otro lado, está íntimamente asociada a la estructura misma del método científico, sin el cual, todo hay que decirlo, no habrían sido posibles los inmensos avances técnicos que la humanidad ha conocido en los últimos cien años.

Sin embargo ¿hasta qué punto nos permite esa perspectiva comprender la realidad en la que nos encontramos sumergidos? ¿tiene sentido pensar en un tipo diferente de conocimiento que pudiera vertebrarse en torno a nuestro sentir profundo de que existimos en interacción con el mundo? ¿no podrían ser conciliables estos diferentes puntos de vista? Creo que son preguntas ineludibles, entre otras razones porque en los tiempos que corren, lo propiamente humano se relega cada vez más al limbo de lo que no atañe a la ciencia, hasta el punto que no parece sorprendernos ya el absurdo de que aquello que no es analizable según sus métodos se desdeñe como algo que no constituye de hecho un problema digno de consideración.

Quizá, después de todo, seamos algún día capaces de levantar la vista hacia las estrellas sin sentirnos perdidos.

Agosto 2004